

Otros, polvo y tiempo. Pedro Sevilla, *Serán Ceniza*. Jerez de la Fra; Libros Canto y Cuento, col. DKV, 2015

PEPA CARO
(Poeta)



Que Pedro Sevilla medite sobre la muerte no es algo que haga obligado solo por esa necesidad que los poetas tienen de detenerse en los grandes temas universales de la poesía.

Puede ser inevitable para algunos recordar el libro *Corral de muertos* (1953) de nuestro siempre maestro Julio Mariscal, aunque si algo los une, acaso, es el simbólico homenaje a quien tan sentidamente recreó el tema de un cementerio de pueblo donde no siempre las cenizas fueron polvo enamorado. Porque el último libro de Pedro Sevilla en nada se parece al de Mariscal, porque *Serán ceniza* son veintiséis poemas luminosos. Escribir es sembrar, nos dice el poeta, y, de esa siembra, los poemas son alimento de su vida.

En ellos vamos a encontrar de nuevo a la familia, al pueblo con sus torres, con sus doradas tardes y sus azoteas, o esa emoción que producen las pequeñas cosas; el íntimo agradecimiento de estar vivo; la infancia revisitada a través del encuentro con unos burros en la Medina de Fez; la reflexión sobre la juventud, la belleza y el ansia de immortalizarse en ella; la inocencia frente al período cuaresmal, es decir la evocación de la muerte desde la mirada infantil; el eterno retorno al niño que fuimos una vez y que permanece en nosotros bajo la piel del adulto; la luz imponente de una playa redimiendo la oscuridad de la muerte; la alegría que ennoblece, que es un legado cuando

la tristeza ha tenido sentido; el dolor de ayer frente a la esperanza de las tardes de oro y tiempo lento que es amor y es esperanza.

Estamos ante un libro de madurez que sintetiza todos los registros poéticos fieles al estilo de Pedro Sevilla, aunque a diferencia de otros libros suyos (*Y era la lluvia, amor*, 1990; *Septiembre negro*, 1992; *Sendero luminoso*, 1994; *La luz con el tiempo dentro*, 1996; *Tierra leve*, 2003; *Todo es para siempre*, 2009...), creo que aporta una nueva mirada de aceptación de la vida con serenidad y también con esperanza.

Pedro Sevilla está contemplando un paisaje, o muchos años de permanencia junto a una compañera que ha sido y es su faro insomne frente a las negras barcas de la muerte, y lo hace como si fuera un hombre nuevo renacido de las cenizas de ese otro hombre que ya es patrimonio del paraíso de la memoria.

En este mundo de complicidades que el poeta crea, se pregunta: ¿qué va a quedar de esa convivencia mansa, hecha de años, qué florecerá cuando todas esas tardes en común se injerten en la rosa amarilla del tiempo?

Es curioso que cuando Pedro Sevilla habla de la muerte vuelva a dignificar el color amarillo: cita por ejemplo la colección de oros de septiembre, frente a un cruel verano de agujas y de fiebre; se ampara en “el amarillo fulgor del sol que nos hiere con su belleza” cuando se ha huido de la muerte entre sábanas blancas; o sube a su azotea para esperar “la sorpresa amarilla del sol después de haber sentido el tacto angustioso de la muerte”.

También la azotea, tan presente en este libro, supone la consumación de la esperanza, la altura de las nuevas vivencias, la luz que se vuelve oro, la dicha de estar vivo, la constatación de la belleza que florece en las macetas -“esas redondas tumbas hechas de tierra y lluvia donde resucitan las rosas”-, el siempre asombroso milagro de la vida y la muerte que nos deja cada año la primavera.

A este libro regresan una vez más sus recuerdos de la infancia: su padre con sus blancas camisas jornaleras; su madre echando a los fantasmas de la sala; la palmatoria de su abuela; el panadero alegre y su esbelta burrita; sus miedos; el paisaje azul del patio familiar; los olivos o aquel chiquillo “llenándose las manos de mazorcas de oro”.

Tanto el recuerdo como la luz son los testigos más fieles que tiene para concluir que todo es verdad, que todo en su vida ha sido verdad y el tiempo se ha encargado de llenar la nada de sentido.

Ni siquiera los poemas que, fruto de sus viajes, nos hablan de viejos cementerios encienden el amargor de la muerte. Por el contrario, son testigos mudos de su deseo de eternidad, o de su íntima reflexión sobre el tiempo y el sentido de la muerte, y para ello puede servirle como pretexto la lluvia, o unos mendigos, o la foto de una niña china en un cementerio de París.

Desentrañar el sentido de la muerte, ese secreto que custodian fieles los cipreses, o el propósito de ser tan paciente como un almendro que sabe que “ha de volver a florecer con el sol de marzo”.

Todos los poemas están tocados por las alas de una esperanza de robarle tiempo a la eternidad, de seguir viviendo, de dar sentido a la creación constante que es la vida.

En su poema “Meditaciones del Conde Drácula”, observando a las jóvenes que con sus mejores galas y su recién estrenada belleza se disponen a disfrutar de la fiesta, con su peculiar y conocido estilo de encarar la reflexión con un aire irónico, nos dice lo siguiente:

En cada una de ellas hay una eternidad posible,
una gruta que huele a mar y a selva oscura
donde nunca se muere,

y en cada una de ellas quisieras arraigar,
encadenar tus ansias de infinito.

Al poeta la muerte le sirve de pretexto para ensalzar la vida, porque, como dice en su poema “Alegría”, “ha habido que morir para aceptar la vida /con la misma emoción con que se aceptan/ las camisas de un padre”.

Serán ceniza es un libro donde toman valor las pequeñas cosas, como “el grávido planeta de un tomate que huele/ a huerta fresca y a tiempo”; la cebolla, “perfumando de honradez nuestra casa”; un cielo de Febrero, “el sol de mediodía /inundándolo todo con su gloria”; el vuelo de las cigüeñas; los dulces membrillos otoñales; el universo verde de los naranjos; las manos que mullen la tierra de las macetas... Son solo unos ejemplos.

El poema que abre el libro, titulado “Escribir es sembrar”, es toda una justificación del oficio de escritor que él resume en sus últimos versos:

[...]
esparzo estas palabras
en el raro silencio de un cuaderno,
les pongo el corazón y espero que germinen:
que la escritura alcance madurez cereal
y que un día alguien pueda,
como un trozo de pan y de memoria,
hacer de estos poemas su alimento.

Tras este poema inicial, el libro está dividido en tres partes. La primera consta de diez poemas en los que se inicia la transición entre la enfermedad, los aciagos días de hospital y la dicha de volver a vivir: volver a vivir y llorar agradecido de recuperar el tiempo y la luz, y de acoger en el seno a la alegría. Culmina este primer apartado con un poema sincero y entrañable en el que se hace el poeta el propósito de portarse ante el dolor como un almendro herido que cuando florece llena de perfume sus heridas.

La segunda parte son ocho poemas dedicados a su compañera, la esposa con la que mira las tardes, la de los ojos tan limpios, la que ha vivido junto a él una larga historia de veteranos amantes, y con ella reflexiona sobre el tiempo dentro del tiempo, y escribe:

Tantas tardes contigo, fundidos al paisaje
desde hace muchos años, desde la adolescencia...

Concluye esta segunda parte con un poema que titula “No ser”, en el que el poeta afirma que es mejor consumir el ciclo de la vida y esperar a la muerte antes que no haber nacido y vagar sin conciencia en el olvido.

La tercera y última parte ofrece ocho poemas donde, tomando como pretexto la visita a distintos cementerios, Pedro Sevilla abunda en su preocupación por la muerte, por el olvido, por la resurrección si fuera posible, y se pregunta:

¿O no hay fuente ni luz y todo ha sido
un engaño cruel, la pura Nada,
una existencia absurda donde un loco
juega a los dados con los corazones?

Pero el poeta necesita la esperanza y por eso la esperanza invade su último poema:

Todo ha sido verdad, todo es verdad.
Todo ha sido verdad

porque es creación constante,
sagrado afán de luz
que se expande en el tiempo
para llenarlo todo de sentido.

Para llenar la Nada de sentido.

Pedro Sevilla, el autor arcense que nos emocionó con su libro de memorias *La fuente y la muerte*, o con su antología *Todo es para siempre*, camino de la madurez y entregado a su universo poético, nos regala ésta última entrega, un regalo limpio y sincero de quien tiene un nombre por derecho propio dentro de la literatura gaditana mas autentica y universal.

No dejéis de leerlo.

Arcos de la Frontera
Septiembre de 2015